

JAVIER DE VIANA



Por tierra de arachanes

Para AVOLO.

El día se apagó sin crepúsculo en la brusca zabullida del sol tras de la selva. Por breve tiempo, solemne obscuridad ocultó la grandeza abrumadora de aquel paisaje impregnado de recuerdos, de recuerdos ya

tristes, ya gloriosos; siempre gratos para quien ama la tierra donde se meció su cuna y donde duermen los restos de sus padres. Luego, de pronto, — como si en esta maravillosa región todo obedeciera á má-

gicos mandatos, — la luna, una brillante luna triunfadora, rasgó la tela negra y apareció en mitad del cielo sembrando haces de luz blanca y suave sobre la adusta comarca

En el pequeño puerto, la barca permanecía inmóvil, como amarrada por los sauces y los sarandíes que extendían sobre el puerto sus ramas verdinegras. Entre la barca y la costa, había dos metros de agua turbia y quieta; más allá el laberinto obscuro de la selva. En cambio, del otro lado, en amplia extensión, la tersa superficie del río brillaba con reflejos azulados de mojana que flota al ras de la linfa en el bochorno del medio día estival. Después, en el lejano confín de la ribera los grandes árboles se erguían rígidos y extraños proyectando fantásticas siluetas sobre el espejo etrusco de la admirable laguna. Y en medio de todo, entre la violenta oposición de luz y sombra, un silencio colosal, un silencio que impone, que ordena, que domina, que subyuga.

De pie, reclinado sobre la banda del barco, me disponía yo á seguir con íntima delectación de artista los caprichosos juegos de la luz, cuando en la quietud de aquella noche salvaje y bella como el indio que fué señor de mi tierra, me hicieron estremecer los dulces y quejumbrosos acordes de una guitarra. En seguida, una voz joven y armoniosa entonó sentidas estrofas que envueltas en las cadencias del criollo instrumento, echaron á rodar sobre las aguas y fueron á morir abrazadas á los «virarós», de las riberas á la manera de un salmo con que las estirpes nuevas rinden tributo á las estirpes muertas. Suaves y melancólicas las notas se desgranaban en el infinito silencio de la noche indígena, y parecían adquirir forma y color y andar errabundas sobre las aguas azules, cual si fuesen los misteriosos genios del bosque conceitados á una ronda de amor sobre la nácar del río, entre la guardia discreta de talas y coronillas, de molles y palmeras y bajo la mirada complaciente de la luna.

Y cuando la voz callaba y la mû-

sica concluía en un lamento armonioso, el eco propagaba en la distancia las sencillas armonías, que se infiltraban en la fronda, besando las lianas, acariciando los troncos centenarios, removiendo el montón amarillo de hojas muertas y haciendo estremecer la selva con el remede de los ardientes aires ancestrales.

Después que la voz se hubo extinguido, cuando dejó de cantar la guitarra, quedó vibrando en el ambiente un rumor á la vez angustioso y tierno, un temblor de alas, un susurro de ramas. Luego, el silencio, el colosal silencio de la soledad semi-salvaje pesó abrumador sobre mi espíritu, demasiado pequeño para contener la grandeza soberbia del torrente y la límpida grandeza del cielo desde donde la luna blanca y solitaria, impenetrable y serena, lanzaba su mirada de luz suave, tierna, pura y amplia

Mi vista se tendía sobre la linfa tan clara, tan pura, tan brillante; y luego, abarcando el conjunto se extasiaba en la contemplación del maravilloso paisaje. A la popa del barco, amarrado por un cable invisible, está un bote que se balancea suavemente. Los remos tendidos, parecen las alas en reposo de una ave grande y hurañá. Y las aguas, al pasar junto á los remos rizan un finísimo festón de espumas que le forman como blanco y suave plumón. Por él solamente se da una cuenta de la movilidad de la anacarada serpiente; por él y por el gracioso balanceo, tan tenue que apenas se advierte de los voluptuosos camalotes acostados á la sombra de ramosos sarandíes. Y de este lado, mi espíritu presente la vida vigorosa, los canelones escuetos y soberbios como un gentil-hombre español, los coronillas cuyas ramas semejan los brazos nervudos de Milón de Crotona Espinillos tortuosos, espinosos, sin tensión, sin altura, sin brillo, — héroes ignorados; — yathays colosales, cinco veces centenarios, cómputos por la edad y por la fuerza, por la robustez — y por la

gracia; duro ñapindá de uña aguzada, resistente cipó, tierno clavel del aire y dulce sensitiva. Viva y salvaje muralla de árboles ásperos entrelazados por amorosas enredaderas; antros oscuros, estrechas sendas tortuosas, caminos sin aire, senderos sin luz, albergue de tigres en lo húmedo del bajo y abrigo de águilas en lo luminoso de la cumbre, .. yo ya sé lo que hay de este lado: la mejor selva salvaje de mi abuelo el arachán.

Del otro lado, en cambio, del otro lado, resplandeciente de luz, soberbiamente ataviado con los joyeles de plata de la luna, se alza toda una mole fantástica; recias murallas almenadas, altivos torreo-

nes feudales, domos majestuosos y audaces agujas de campanarios góticos: sombras imponentes de feroces bastillas y sombras reposadas, severas y serenas de catedrales medioevales

En la contemplación de tanta maravilla, el espíritu, sin control y sin freno, se desboca y erra sin rumbo ¿Qué hay allá? ¿lo pasado? ¿lo presente? ¿lo futuro? ¿El perfume de las idas edades fenecidas? el color de las idas por venir? ... Yo cierro los ojos, pienso, siento y veo..., mi río, mi hermoso río Cebollatí; mi patria, mi raza, mi época. . La realidad, grande y prometedora está en prensa; no hay que soñar!

JAVIER DE VIANA.



Intermedio

Para APOLO.

¡La hora maravillosa de los cuentos de hadas!
El tiempo se detiene en el reloj parado.
Vivimos sin sentirnos vivir... Hemos quedado
con las manos unidas á otras manos amadas.

Las cosas en penumbra se borran esfumadas
bajo las grises nubes que el azul han borrado.
... Y nada recordamos de todo lo pasado ...
Las anteriores vidas han quedado olvidadas.

Como un divino cuerpo encubierto por velos
de una urdimbre sin hilo, se adivina la vida
por una vara mágica esta hora detenida
bajo el palor opaco de los velados cielos ...

Tembloroso en la estancia entra un rayo de sol ...
Ha pasado el encanto del cuento de Perrault.

FERNANDO FORTÚN.

Madrid.